

BIBLIOTECA CLÁSICA
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

VOLUMEN 13

POESÍA
DE JORGE MANRIQUE



CON EL PATROCINIO DE



JORGE MANRIQUE

POESÍA

EDICIÓN,
ESTUDIO Y NOTAS
DE VICENÇ BELTRÁN

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

MADRID

MMXIII

SUMARIO

Presentación

IX-XII

POESÍA DE JORGE MANRIQUE

I-135

ESTUDIO Y ANEXOS

Jorge Manrique

y su poesía

137

Aparato crítico

181

Notas complementarias

193

Bibliografía

237

Índice de notas

269

Índice de primeros versos

275

Tabla

Hasta hace pocos años, la poesía amorosa de Jorge Manrique se consideraba obra menor porque reflejaba usos anteriores a la introducción del petrarquismo, base de la sensibilidad amorosa moderna. Sin embargo, las *Coplas a la muerte de su padre* bastaron para mantener al autor en el núcleo de nuestro canon literario, aun respondiendo a un impulso único y coherente: la interpretación de las dos experiencias básicas de nuestra cultura (Eros y Thanatos, el amor y la muerte) desde la escala de los valores cortesés. Pero ninguna de las vertientes de la poesía manriqueña es plenamente comprensible sin la necesaria atención a su contexto.

La nobleza medieval (y en particular la castellana del Cuatrocientos) fue una fuerza social compleja. Eran soldados de fortuna que usaban su poder (su fuerza militar y la capacidad de negociación que les otorgaba) en su beneficio personal. Cuando faltaba una autoridad fuerte que moderara o canalizara su violencia, su capacidad de destrucción era infinita. Para evitar o suavizar sus conflictos internos, la propia nobleza creó ciertos mecanismos compensatorios, y el primero fue la cortesía. Acatar a los superiores, respetar a los iguales y, sobre todo, a los desarmados (las clases sociales inferiores, las mujeres), poner la fuerza bajo el control de la razón, limitarla mediante un código ético riguroso, permitía limitar el ejercicio de la violencia a ciertos contextos, evitarla en otros y embriarla mediante normas estrictas. Desarrollar una sociabilidad sofisticada compensaba y justificaba los privilegios de los poderosos y evitaba su degeneración en una barbarie incontrolada.

La Iglesia intentó dominar esta ética, pero fracasó. Además de una fuerza moral era también una fuerza social y política, y los nobles corrían el peligro de verse dominados y expulsados del poder, o utilizados en beneficio de otros. Los experimentos de este tipo (el más prestigioso de los cuales fue el *Libre de l'ordre de cavalleria* de Ramón Lull), aunque fueran muy divulgados, tuvieron una influencia limitada. El resultado, pues, fue un cierto proceso de secularización en el que la sociedad aristocrática creó una escala de valores que se superponía a la cristiana y, en algunos aspectos, se oponía frontalmente a ella: el desafío, la dignificación de la mujer y la legitimación del amor fueron los puntos más conflictivos. Fue un sociólogo, Norbert Elias, quien comprendió la importancia de esta innovación ética cuya difusión a las demás clases y cuya

divulgación y democratización, continuada durante siglos, creó las bases de lo que hoy entendemos como civilización occidental.

Sin hacernos cargo de tal situación no entenderíamos algunos aspectos de la literatura medieval y renacentista. ¿Para qué servía la literatura? ¿Qué mecanismo la convertía en un instrumento de legitimación de los poderosos? ¿Por qué se reescribieron durante siglos las novelas artúricas y cortesés en general? ¿Qué fuerza determinó que durante siglos se compusieran y copiaran miles de volúmenes de poesía en todas las lenguas de cultura? ¿Qué función ejercían un culto del amor (aunque los usos eróticos reales sólo superficialmente se adaptaban a él) y una reivindicación de la dignidad de la mujer (aunque en la realidad cotidiana resultaba escaso el respeto que se le concedía) que desquiciaban literalmente a los clérigos? El proceso nunca fue sencillo: baste recordar cómo durante siglos los lectores se sentían identificados con los conflictos interiores de Francesco Petrarca o Ausiàs March, desgarrados entre un amor íntimamente irrenunciable y una piedad religiosa objetivamente imprescindible, aunque incompatible con él.

La poesía cortés (la de Manrique también) no participa en este tormento interior: se limita a proponer los ideales con los que su sociedad se identificaba. La poesía amorosa que aquí presentamos resultó ejemplar para sus lectores, no sólo en su época y las décadas sucesivas, sino también durante todo el siglo XVI: los poetas más reputados no se cansaron de citar, glosar o usar estilemas y estrofas de algunas de sus canciones; los cambios de estética no afectaron a su ejemplaridad. Mayor fue la vigencia de las *Coplas a la muerte de su padre*, aunque reabsorbidas (y en buena medida adulteradas) por la interpretación religiosa: su senequismo y la exhibición de valores cristianos ante la vida y la muerte, su interpretación como «elegía funeral», aseguraron su vigencia hasta nuestro tiempo.

La funcionalidad ideológica de ambos sectores fue muy distinta, de ahí también la diversidad de su fortuna. El culto de la mujer en que se basan los poemas amorosos nos parece hoy infantil, banal, superficial y hasta ridículo; sin embargo, su significación histórica y su originalidad quedan de manifiesto cuando lo ponemos en relación con la misoginia de toda la literatura religiosa y erudita de la Antigüedad y el Medioevo, especialmente la de inspiración cristiana: es de esta visión impostada de la mujer de donde ha partido la reivindicación de su dignidad, la necesidad de la educación femenina (rechazada o aceptada a regañadientes por los moralistas

de todos los tiempos), el respeto y la aceptación de su condición por una sociedad que siempre la había marginado, y el desarrollo de las corrientes emancipadoras en el último período de nuestra historia. Basta echar un vistazo a las dificultades de este proceso a largo plazo o comparar la situación de la mujer occidental con la de las demás culturas hoy dominantes para percibir la importancia histórica de la cortesía y de su codificación del amor: proponer que la relación entre los sexos había de basarse en el respeto, la libertad de las partes y la igualdad carecía de precedentes entre los moralistas cristianos, y no tenía base alguna en los usos sociales de su tiempo. Esta poesía se siente como más envejecida porque el garcilasismo creó una estética muy diversa de la suya en la que todos nos hemos educado; sin embargo, en sus principios se fundó durante varios siglos la educación del sentimiento amoroso y del trato entre hombres y mujeres.

La vigencia de los valores cristianos ha sido mucho mayor en la interpretación de la muerte, a la que resulta difícil encontrar un lugar idóneo en una sociedad laica; si la vida posee un valor inmanente, no trascendente, su fin resulta inaceptable, conceptualmente inadmisibile. El gran logro de Manrique fue la asimilación de algunos elementos de la interpretación cristiana para la creación de una ética esencialmente laica, cortesana, útil para el aristócrata cuya forma de vida la desafiaba día tras día. El esquema conceptual básico contiene además un fuerte complemento estoico; la entereza ante la adversidad es una constante desde el período imperial romano y fue asimilada por el cristianismo primitivo, pero tuvo un desarrollo sorprendente entre los aristócratas castellanos del Cuatrocientos; sorprendente para quien no se dé cuenta de cuán frágiles eran su vida y su fortuna en un contexto de luchas feroces por el poder, confiscaciones de bienes, ejecuciones y muertes en campaña. Familiarizarse con la inminencia de la muerte, aceptarla como una parte inevitable (y la más dura) de la vida era un modo de adaptarse a esta realidad.

La primera parte de las *Coplas a la muerte de su padre* nos evoca estos conceptos tradicionales: el cristianismo permite entender la vida como preparación ascética para la muerte, y la entereza estoica resulta un instrumento esencial en este proceso. Son las veinticuatro primeras estrofas, que interesaron esencialmente a los moralistas, las que han sustentado una interpretación religiosa y moral del poema. Sin embargo, este esquema comienza a fa-

llar en cuanto aparece el Maestre, porque sabemos que su vida fue poco ejemplar. Don Rodrigo era un guerrero y político profesional que utilizaba las ideologías vivas en su tiempo para conquistar y acrecentar su poder; la ética (laica o religiosa) sólo interviene cuando resulta útil en este proceso, y es así como la incorporó Jorge Manrique. Por eso esta última parte del poema resultó siempre incómoda para los intérpretes moralizadores, que tendieron a ignorarla por lo que ellos consideraban su carencia de «doctrina».

Y, sin embargo, esta doctrina existe, y se basa en tres pilares. El primero es el estoicismo, la entereza personal frente a la suprema adversidad ante la que la misma Muerte se inclina deferente. El segundo es la fama, que la nobleza renacentista siempre sintió como su valor más genuino; una fama que el Maestre había ganado con su vida y que la muerte le reconoce generosamente, la memoria social, colectiva, de los grandes hombres, que sigue siendo, aún hoy, un justificante de la vida y un paliativo ante el temor de la muerte. El tercero es el recuerdo afectuoso de cuantos lo conocieron y su manifestación más íntima, el amor de los suyos. Todo ello era bastante conocido en su tiempo y formaba parte de los recursos con que el pensamiento coetáneo afrontaba el trance supremo; aparece, además, entreverado y subordinado a retazos de pensamiento cristiano, algo inevitable cuando el cristianismo era la ideología dominante en la sociedad. Pero está ahí, y es con estos mimbres con los que la sociedad occidental y laica ha construido el utillaje en que nos amparamos cotidianamente para afrontar la inevitabilidad y el dolor de la muerte.

No se trata de presentar a Jorge Manrique como un pensador, una interpretación que resultaría inapropiada para su obra; pero la función del poeta no es aportar ideas originales sino formularlas en versos esenciales, y esto sí que lo consiguió. Casi cinco siglos y medio después de su muerte sigue siendo un clásico, o sea, alguien que nos permite identificarnos con su poesía por su capacidad de transmutar la palabra cotidiana en palabra necesaria, expresión inexcusable de lo imprescindible, nuestro puente con la eternidad (o con la supervivencia de la especie).